



Vista aérea del complejo de San Jerónimo en Zamora en 1960.



Desde la izquierda: Ángel Regojo flanqueado por sus hijos José y Antonio.



El entonces Príncipe Juan Carlos visita el e

# La saga que tejió Zamora

La familia fermosellana de los Regojo protagonizó una de las mayores aventuras empresariales de la España de posguerra

♦ M. L.

Hay estirpes que definen a toda una generación y que representan lo mejor de su tierra natal. Zamora es una provincia con abundantes ejemplos de personas hechas a sí mismas, aunque algunas tuvieran que marchar lejos para alcanzar sus sueños. Le ocurrió así a la familia Regojo de Fornoselle, una de cuyas descendientes, Rita Regojo Otero, falleció el pasado domingo en Vigo. Poco podían adivinar los primeros Regojo, agricultores, que entre sus herederos se forjarían algunos de los personajes más influyentes de la vida política y economía de la España de la primera mitad del siglo XX.

La peripecia vital de los Regojo tiene origen en una crisis económica, la ruina que para muchos agricultores de Fornoselle significó, a finales del siglo XIX, la aparición de una plaga, la filoxera, que dañó de forma drástica la producción de los viñedos de Los Arribes. Ello llevó a Ángel Regojo Díez a intentar labrarse un porvenir como vendedor ambulante y como comerciante en Pontevedra. Y aunque acabaría regresando a su pueblo, por el que nunca dejó de suspirar, asentó las bases de una saga de emprendedores. Sus cinco hijos mantuvieron la relación con la provincia pero fueron tres de ellos los que estrecharon esa vinculación.

José Regojo Rodríguez, tercero de los vástagos, ubicó en Zamora parte de su industria textil, con dos factorías que en su día figuraron entre los negocios más representativos de la capital. Al frente de lo que se llamó "Zamora industrial", como delegado de su hermano José, estuvo Manuel Regojo. Y en Fornoselle se recuerda con particular cariño a todo un filántropo, Antonio Regojo, por su implicación en las cuestiones sociales en las que sobresale la residencia que gestiona Cáritas y que lleva el nombre de su hija, Conchita Regojo.

Fue José Regojo el primero en salir de Fornoselle en busca de un mejor futuro hacia 1916 cuando sólo contaba con 16 años. Tanto él como el primogénito, Ángel, habían nacido en Pontevedra, durante la breve estancia de sus padres en dicha ciudad. Descartada la agricultura, se inició con su padre como vendedor ambulante en Galicia y los pueblos de Portugal. Aquello no sólo le proporcionó una inex-

periencia impagable en cuanto a formación en lo que él denominaba «Universidad de la calle»: el azar jugó una parte importante de su destino. Ejerciendo la ambulancia conoció en Chaves al que llegaría a ser presidente de Portugal, Oscar Fragoso de Carmona, con el que mantendría, posteriormente, una estrecha amistad. El primer negocio que emprendió fue la compraventa de oro. Fue, además, el primero en instalarse en Lisboa que, por entonces, se había convertido en la referencia de numerosos emigrantes fermosellanos.

En aquel principio de siglo convulso, en plena I Guerra Mundial, tuvo que sortear las dificultades de quien empieza desde cero en medio de la feroz crisis que devaluó el escudo portugués, multiplicando el valor de las mercancías. Pero su tesón y su capacidad innata para el negocio le llevaron a que sólo dos años después, hubiera conseguido ahorrar lo suficiente como para ir a buscar a su hermano pequeño, Antonio a Fornoselle.

La llegada del hermano mayor, Ángel, sería trascendental en la aventura empresarial iniciada en tierras portuguesas. De los tres, fue el que se involucró de una manera más activa en política. Llegó a ser una de las personas más influyentes de la colonia española en Portugal y trabó una gran amistad con el padre del Rey Juan Carlos, Don Juan, residente en Estoril, que se extendió al resto de los hermanos y que perduró hasta la muerte del Conde de

Barcelona. Muchas camisas fueron confeccionadas de manera gratuita en unos tiempos en los que los habitantes de Villa Giralda (la residencia de la Familia Real en el exilio) pasaban verdaderos apuros económicos.

El mayor de los Regojo mantuvo, además, una relación intensa con José Calvo Sotelo, y frecuentaba el círculo del Hotel Americano, donde se reunían monárquicos, pero que también servía de cuartel general a las fuerzas antirrepublicanas en fechas antes al levantamiento que dio origen a la Guerra Civil española.

Los avisados hermanos intuyeron rápidamente cuál podía ser una vía de prosperidad al comprobar el interés que los comercios más avezados de Lisboa comenzaban a tener por un nuevo artículo: las camisas hechas en serie. Y desde un modesto local comenzaron a fabricar la prenda que les daría fama internacional.



Calvo Sotelo (centro) con Ángel Regojo a su derecha y otros españoles en Lisboa.

● Fotos Familia Regojo-Otero

El camino portugués de los Regojo parecía definitivamente trazado, pero el amor se cruzó en el camino de José: en el Hotel Americano de Lisboa conoció a Rita Otero, hija del médico de la localidad pontevedresa de Redondela, que se encontraba en la capital portuguesa de visita para ver a unos familiares, acompañando a su hermano Alejandro, un prestigioso obstetra y destacado dirigente socialista que llegaría a ocupar altos cargos en la República. Entre ambas familias existía un abismo social que el joven fermosellano temió insalvable. Rita poseía una sólida formación intelectual, era titulada en Magisterio, aunque nunca llegó a ejercer. La educación progresista en la que se habían criado y que dio alas políticas a sus hermanos se había mutado en las mujeres de la familia Otero en una fe religiosa inquebrantable, pero con una raíz de justi-

cia social que las animaba a vencer cualquier atisbo clasista. «Lo que yo valoro en un hombre es que sea honrado, trabajador y animoso y que me quiera de verdad. Si me simpatiza y me agrada no dejaré de casarme con él por motivos de clase o porque tenga o no tenga estudios», le espetó a su futuro esposo. Se casaron en Redondela en 1927 y aunque se instalaron en Lisboa, muy pronto Rita Otero mostró eso que los gallegos definen como morriña. Y para agradecerla, José Regojo cedió su parte del negocio a sus hermanos y empezó de nuevo en Redondela, desde abajo. Incluso volvió a ejercer la venta ambulante hasta poder crear la primera factoría en una casa heredada a la muerte de su suegro.

Al estallar la Guerra Civil, en 1936, el negocio se encontraba plenamente consolidado. Sin embargo, el conflicto abrió una nueva y



Stand de Zamora Industrial en una feria.



La familia Regojo reunida en torno al abuelo en Fermoselle.



Juan Ángel Regojo y su esposa, Ana Barcadí, con empleados zamoranos.

# Industrial



La fachada antigua de Zamora Industrial.



Jaime, Teresa, Juan Ángel y Rita Regojo ante el primer local que tuvieron en Lisboa.



Don Juan con José Regojo y su hijo Pedro.

definitiva posibilidad de crecimiento: la fábrica de Regojo comenzó a confeccionar los uniformes para el ejército sublevado. Lo tenía todo a favor: la mayoría de los proveedores acreedores habían quedado aislados del otro lado de la contienda, y al mismo tiempo, su factoría se convirtió prácticamente en la única que puede garantizar suministros textiles vía Portugal, toda vez que es imposible obtener telas en Cataluña, que permanecía bajo bandera republicana.

Pero sería mucho decir que la familia Regojo tenía un compromiso ideológico con los sublevados: los hermanos de Rita Otero eran republicanos destacados, la propia Rita atendía las necesidades de familias represaliadas e incluso José Regojo tuvo que echar mano de sus influencias para salvar de la cárcel a su hermano Manuel, que permanecía en Zamora y del que las autoridades gubernamentales en la provincia sospechaban simpatías con la izquierda.

En 1937, el emporio toma forma en Zamo-

ra. Adquirió una industria textil situada en el solar que corresponde actualmente al Museo Etnográfico en la actual calle de Corral Pintado que bautizó como Zamora Industrial. Esa primera fábrica daría paso después a Hilaturas San Jerónimo, una colección de naves al otro lado del Duero, en las cercanías donde existiera el convento de frailes. La expansión lanzada por Regojo coincide con la de otras textiles catalanas en los años 40, en busca de lugares de menor desarrollo en los que los costes salariales eran menores. Aunque el negocio se había diversificado e incluía ya otros sectores, la fábrica de Zamora se centró, sobre todo en hilados y tejidos. Hasta disponía de una tintorería en una zona cercana al bosque de Valorio, junto a lo que es hoy la harinera de Los Pisones.

Zamora fue clave también en el desarrollo de maquinaria en los difíciles años de la autarquía. En la fábrica de los Regojo se desmontaban telares profesionales pieza a pieza y se re-

producían tal cual. El milagro es que, una vez montada la copia, también funcionaba. «Nuestro complejo industrial comprendía fundición propia, que se había montado en Zamora, donde construíamos preferentemente las piezas para nuestros telares; aunque también, para evitar tiempos muertos, aceptábamos encargos del exterior; talleres mecánicos para reparar las máquinas que empleábamos y para mecanizar las fundiciones textiles». La mayor prosperidad industrial de Zamora llevó el apellido Regojo. La producción zamorana formaba parte de un conglomerado empresarial que daba empleo a 1.500 trabajadores y producía 12.000 camisas diarias.

El matrimonio Regojo Otero tuvo siete hijos: Rita, Teresa, Juan Ángel, José, Concha, Pedro y Alejandra. La entrada en el negocio de la segunda generación introdujo novedades trascendentales, como la utilización de fibras sintéticas en la bautizada como camisa Dalí, en un insólito acuerdo con el pintor de Cadaqués para poder tener derecho a usar su nombre. En los años 70, con las camisas Dalí anunciándose en televisión, se vendían un millón de piezas al año. Las industrias Regojo llegaron a situarse entre las tres más importantes de España, después de El Corte Inglés y Cortefiel.

José Regojo se hacía mayor y nunca fue el mismo desde que enviudara en 1956. Pero continuaba en la brecha y, dejando el grueso de la fábrica en manos de sus hijos, se aventuró por otros derroteros desde la cría de ostras a las contratas de obras. Fue un pionero emprendedor, un empresario de talante paternalista que puso en práctica desde los primeros tiempos de la fábrica una política social adelantada a su época en ajuste de horarios, contratación de discapacitados y actividades de ocio, con la existencia de equipos deportivos, competiciones y otras actividades en lo que se englobaba como Fiestas de Primavera en la sede zamorana.

En Zamora Industrial, parte de los fondos se destinaban a subvencionar los libros de texto de los hijos de los empleados. Incluso editaba su propia revista dos veces al año. Fue un sueño tan idílico como el propio nombre de la fábrica, cuya actividad se redujo finales de los cincuenta. El declive definitivo llegó con la crisis económica que siguió a la Transición.

En Redondela, tras unos meses de tensas negociaciones, los trabajadores adquirieron la fábrica y la transformaron en Sociedad Anónima Laboral. Los descendientes de Regojo llevarían, a partir de entonces, los negocios de la familia por otros derroteros. Todo el proceso golpeó duramente en el ánimo del empresario, que falleció en 1993. Tres años antes, en su Redondela natal tuvo lugar un homenaje con el que volvió a revivir los viejos tiempos de esplendor. Entre los regalos que recibió no faltaron los procedentes de su querida Zamora, a la que nunca más volvió. La ciudad le dedicó poco después de su muerte una calle en las proximidades de las naves de San Jerónimo, que siguen siendo propiedad de la familia.